

¿Y tú que Miras?



Proyecto de creación artística para personas con discapacidad intelectual.

Nadie sabe donde se perdió, pero todos intentamos que vuelva.

Durante los dos años de trabajo con Alex he desgastado mis pupilas clavándolas en las suyas para intentar conseguir una mínima respuesta pero no ha sido nada fácil.

Aun así, hoy día, Alex confía en ciertas miradas y a menudo puede sorprenderte levantando esos ojos siempre distraídos y clavarlos en los tuyos buscando una sonrisa o un gesto de aprobación.

Alex no sale de la clase de teatro sin darme un abrazo de despedida, sin dar las gracias.

Espera a que sus compañeros salgan de la sala mientras el remolonea dando pequeños paseos en círculo hasta encontrarme solo, entonces mira a su alrededor y busca el momento idóneo para decirme tras un silencio nervioso y entrecortado por sonrisas,

-Antonio me gusta el teatro.

Y a veces incluso me mira sincero y sonrío, entonces yo le correspondo y él se va sonriente llevándose el mejor de los aprendizajes, y yo me quedo sonriente disfrutando del mejor regalo.

La mirada de Alex.

Por esta y otras miles de razones cada miércoles por la tarde, durante estos dos últimos años, mis pasos se han encaminado desde el centro de Barcelona hasta Sarriá, uno de los acomodados barrios de la ciudad para encontrarme con ellos.

Un encuentro que empieza a surgir antes de llegar, un encuentro que ya nace en mi mente al coger el tren de cercanías que me dejará en este barrio de altas verjas y grandes casas.

Es por eso que el momento del tren se ha convertido en algo sagrado, ya que como un ritual, hace de puente desde la lógica agotadora del día a día, a la libertad más sincera de las dos horas que comparto con el grupo.

Este momento de conexión acaba cuando el pasillo de la estación me devuelve de golpe al paseo de la Bonanova.



Al volver a la luz anaranjada de la tarde mis sentidos se han predispuesto ya en los túneles del convoy a investigar y durante el camino hasta la residencia voy experimentando con los olores, las miradas de la gente que deambula por las aceras, el sonido de las obras o el imaginar qué esconden dentro de las altas verjas las grandes casas.

Al terminar de subir la calle empinada esquivando a mujeres perfumadas y niños con mochilas de carro, aparece, como siempre destartalada, la casona de Albatros.

Si cierras los ojos puedes llegar a encontrarla guiándote por el oído, porque desde la empinada cuesta, es fácil de escuchar algún remix de gritos que se alterna con las letras musicales de *Camela* procedentes de las habitaciones más altas de la residencia, que a modo de minarete musulmán van resonando desde la radio de cualquiera de los usuarios.

A la entrada, ya puedo descifrar a grandes rasgos cómo será la sesión de ese día porque el revuelo del pasillo informa a gritos cuál estado general de la jornada.

Se recoge la carpeta de seguimiento, se coge la llave, se saluda a los seis o siete que te encuentras por el camino y se desciende por la escalera casi hospitalaria hasta el piso de abajo.

Atravesando pasillos estrechos con luces blancas y frías taquillas, se sale al patio del gimnasio donde se ubica la actividad.

En la puerta me espera la mayoría del grupo que preguntan ansiosos por la ausencia de uno u otro voluntario, por mi estado de salud o por un pequeño agujerito que perciben en el cuello de mi camiseta.

Recuerdo que el primer día ya entendí que aquel era mi lugar, que ese sitio a pesar de caótico era el espacio donde quería trabajar.

Mientras yo esperaba con Eva Hernández, la que fue mi compañera durante el primer año de formación, iban apareciendo los participantes de este nuevo grupo dando alaridos de alegría o tal vez de pena, nunca lo supe, e interesándose por aquellas dos personas que entraban desde fuera, y que viniesen a lo que viniesen, venían de fuera.



Nos mostrábamos amables y curiosos al ver a cada uno de los que aparecía porque rápidamente se ponía en cola para saludarnos, para acibillarnos a preguntas o para preguntarnos si habíamos traído chocolate, en el caso de Gemma.

Era mi primer contacto con la discapacidad intelectual, o al menos planteada con un grupo de trabajo, pero sus actitudes receptivas no me resultaron tan distintas a las de los usuarios de salud mental del hospital psiquiátrico Don José Dolores Fletes de Managua, donde compartí con ellos mi mes de julio de 2005.

Tenía la seguridad y sabía dónde entraba. Por eso me mostraba cauto pero dispuesto, expectante pero decidido y por las risas de complicidad que se nos escapaban, creo que Eva estaba justo en la misma situación.

De aquel día mantengo nítidamente una imagen en la que aparecían por la rampa que accede al patio, saludando aun sin vernos, compartiendo frente a desconocidos que como novedad ese día habían aparecido ante ellos.

Aun así la confianza estaba ganada, veníamos de fuera.

La programación de ese día se enfocaba hacia el conocer, hacía el descubrir hacia donde podía hacernos viajar el teatro, la expresión. Se mostraban receptivos y se les planteaba un nuevo juego, un juego en el que todos podían entrar.

Aparecieron al instante los primeros rechazos, las primeras relaciones con ellos, las primeras risas y la tranquilidad de saber que eran capaces de afrontar el trabajo, de disfrutarlo y de todo lo que nos propusiéramos como grupo.

En este momento los miedos se acabaron, había mucho que trabajar, era la hora de lanzarse, desde el respeto, desde la paciencia, desde el cariño, pero de lanzarse.

Saber quién somos.

Éste era uno de los objetivos que me planteé como evidente.



Necesitaba saber quiénes eran ellos, no quería conformarme con haber leído el informe de cada uno en el que se decía: síndrome de Down, mentiroso compulsivo, cuarenta y dos años, le gusta pasear por los parques y no puede tomar sal por la tensión.

Quería que ellos se describiesen a si mismos, que me hablasen de su familia, de cómo llegaron a Albatros o de que les parece su trabajo, el compartir habitación con tres personas más o el no tomar sal.

No podía conformarme con sus caras de síndrome de Down que describían las fotos de los informes, quería ver sus músculos faciales activos, su expresión feliz.

Eran tiempos de acabar con los rostros de foto, con los estereotipos y con personalidades que entran dentro de un cuadrante de seguimiento.

Por esta y otras razones incluimos la conversación inicial dentro de la estructura de las sesiones del taller, para que pudieran expresarse con libertad, hablar de si y de otros, contar los baches, las alegrías y las pequeñas anécdotas que ocurrían en su vida de un miércoles a otro.

Esto era lo que había que contar al público. De nada serviría aprender complejos textos o ser falsos Romeos y Julietas sin conocerlos primero.

El sabor de aquella primera sesión no me dejó dormir en aquella noche rara de octubre, o por lo menos eso creo recordar.

Sin embargo hoy, dos años y medio después del comienzo de este proyecto, seguimos sobre el escenario contando historias *nuestras* de las que los Montescos y Capuletos sentirían envidia, no por la magnitud de la tragedia, sino por la sinceridad con la que este grupo de chicos y chicas la cuenta ●

Reportaje realizado durante los encuentros semanales de: *¿Y tú, qué miras?*, proyecto de creación artística para personas con discapacidad intelectual que desde 2005 la Asociación TRANSformas desarrolla en la Residencia Albatros de la Fundación Esmen de Barcelona.

ANTONIO MASEGOSA
Fotografías · **CAROLA PAGANI**